



Cuando entramos en muchas iglesias nos encontramos con la imagen de una Santa que llama la atención. Vestida de negro, con una rosa en sus manos, e hincada en su frente una espiná atroz. La reconocemos inmediatamente: es Santa Rita de Casia, la italiana del siglo quince que se ha hecho tan popular porque --dicen-- alcanza de Dios las gracias más difíciles...

Rita derrocha ejemplaridad en todos los estados de vida de la mujer. Niña, es un angelito encantador. Jovencita, es una estampa de piedad, de simpatía y de cariño. Se casa, y en su hogar va a ser una mujer excepcional en la práctica de las virtudes más heroicas.

Sueña en el amor, naturalmente. Pero apenas va a saber lo que es una luna de miel. Porque el marido le resulta fatal. Dominante, violento, brutal, es un dueño sobre una esclava:

- ¿Que quieres ir a Misa? Vete, pero porque yo te doy permiso, ¡y basta!...

Así un día y otro día. Rita lo soporta todo con bondad inalterable. Aunque oye a las amigas:

- Pero, Rita, ¿cómo tienes tanta paciencia, cómo aguantas tanto?...

Y ella, inquebrantable en medio de su dolor:

- Dios sobre todo. Veremos quién vence al fin.

Su norma ante la conducta del marido es clara.

Ante la violencia, dulzura.

Ante los atropellos, aguante pasivo.

Ante la falta de fe en él, oración continua, sin fe en el marido, pero con mucha fe en Dios.

Hasta que llega el milagro. Primero en el marido y después en la pequeña población en que viven.

El marido se vuelve a Dios; se da cuenta del tesoro de mujer que tiene y comienza a amarla locamente. Diríamos que está recuperando con un amor apasionado lo que

antes había perdido con tanta frialdad.

El pueblo también. Empiezan todos a admirar a Rita, la toman como ejemplo, y los ciudadanos, que vivían antes en luchas de partido violentas y continuas, hacen las paces entre sí para vivir en la concordia y la paz.

Hasta que vienen las pruebas más dolorosas. Mueren los papás de Rita, muy queridos de ella. Y después de los papás, el marido, asesinado por aquel enemigo personal que no le perdona una antigua ofensa. Lo invita hipócritamente a salir con él, y lo mata en las afueras de la población.

¡Pobre Rita! ¡Ahora que era tan feliz con su marido, después que lo supo ganar para Dios y para sí misma!... Pero faltaba lo peor. Los dos hijos no aguantan la muerte de su padre; Rita presiente que un día la van a vengar matando al asesino, y le pide a Dios:

- ¡No, Dios mío, no lo permitas! Llévate los antes de que manchen sus manos con sangre.

El Señor la escucha, y los dos hijos mueren antes que perder la gracia de Dios con un asesinato...

Pedir a Dios una gracia como ésta no lo hace cualquiera. Esto lo hace sólo una mujer de la talla de Rita. Se necesitaba un valor sobrehumano.

Libre ahora de todo lazo familiar, cuando está en lo mejor de la vida, a sus treinta y tantos años le vuelve aquel sueño que ha tenido toda mujer verdaderamente cristiana: ¿por qué no darme del todo a Dios? Rita lo cumple. Entra en el monasterio de las Agustinas de Casia, y la oración y la penitencia por la salvación del mundo van a ser los ideales y las ocupaciones de su vida.

Ahora vamos a entender el misterio de esa espina en la frente y esa flor encendida que lucen las imágenes de Rita.

La Pasión de Jesucristo la tiene obsesionada. Se postra un día delante del Santo Cristo y siente que el Señor la quiere hacer participar de sus dolores. Rita acepta, y ve cómo se clava una espina aguda en la frente, que empieza causarle dolores insoportables. La llaga purulenta que le abre produce un olor tan fétido que obligará a Rita a vivir separada de las demás porque no se la puede aguantar. Hace una peregrinación a Roma, y le pide al Señor que durante el viaje le quite aquel hedor tan repugnante. Dios se lo concede, y, regresada a su convento, cae postrada en el lecho con una enfermedad que la tiene crucificada los últimos años de su vida. Recibe la visita de una antigua amiga, que le dice:

- Rita, ¿quieres alguna cosa?

- Sí; vete a mi pueblo, y tráeme del huerto de mi casa una rosa y dos higos frescos.

La amiga se queda desconcertada.

- ¿Que Rita se ha vuelto loca? ¿Cómo en medio del frío helado y la nieve de Enero se le

ocurre pedir rosas e higos?

Pero la amiga va a cumplir el encargo, y encuentra la flor en el rosal helado y los higos pendientes del árbol seco...

Era el signo del Cielo, tomado de la Biblia en el Cantar de los Cantares:

- Levántate, amiga mía, esposa mía, y ven, que ya ha pasado el invierno y han cesado las lluvias. Ya han brotado en la tierra las flores, y ha echado la higuera sus yemas. Levántate, amada mía, esposa mía, y ven.

Jesús la llamaba para el descanso eterno.

Santa Rita, muy querida del pueblo cristiano. Esposa y madre tan bella. Enamorada de Jesucristo y de su Pasión. La de la Espina de Cristo, la de la rosa y de los frutos frescos....